

El Flautista

Javier Raya Demidoff

El flautista

Javier Raya Demidoff



Capítulo 1

El flautista

Un día llegó a la ciudad un hombre anciano, vestido con harapos, de piel gastada y paso fatigado. Su mirada, sin embargo, brillaba con la curiosidad y la fascinación propias de un niño. Se sentó en el muro de un estanque, en un pequeño parque, en el centro de la gran urbe. Y observó a los chiquillos que, algo más allá, trepaban a los columpios, se disputaban una pelota o jugaban con la arena, un muñeco o un coche en miniatura. La sola visión de los pequeños dibujaba una sonrisa complacida en su rostro.

Al verlo allí sentado, uno de los chicos, flaco y pecoso, dejó caer su pala y se le acercó con paso torpe.

—¿Qué haces? —le preguntó.

—He venido a contar un cuento —contestó el anciano sin dejar de sonreír.

—¿Qué cuento?

—¿Conoces la historia del caballero...? Eh, ¿cómo te llamas?

—Miguel.

—¡Mira por dónde! ¡Igual que el héroe de mi cuento, el caballero Miguel!

El niño saltó entusiasmado.

—Cuéntamelo, va —le pidió.

Y el vagabundo dio comienzo a su historia del caballero Miguel, un soldado recto y valiente que iba de pueblo en pueblo a lomos de su corcel, socorriendo a quienes precisaban ayuda y «desfaciendo entuertos».

—¿Qué quiere decir «*defacer etuertos*»? —preguntó intrigado otro niño, atraído por el relato.

—¿Cómo te llamas, jovencito? —preguntó el vagabundo, a su vez.

—Antonio.

—Pues bien, Antonio; «desfacen» entuertos significa solucionar enigmas o resolver problemas.

—¿Como los detectives? —preguntó Miguel.

—Sí, como los detectives —asintió el hombre. Y continuó su cuento—: El caballero Miguel conoció en aquel pequeño pueblo a un hombre alto y musculoso llamado Antonio, y juntos emprendieron la marcha hacia el Oeste...

Uno tras otro, los niños del parque se les fueron sumando hasta superar la veintena. Con ellos creció el grupo de viajeros del relato, y a menudo el vagabundo solicitaba de alguno de los muchachitos ayuda para esbozar una cara de miedo, para blandir una espada o para simular el ruido de los caballos al galopar. Las madres y los padres, inquietos al principio por la presencia del extraño, por su aspecto descuidado y por la capacidad de atracción que ejercía sobre sus hijos, pronto se tranquilizaron al comprobar lo inocente del juego. Quisieron unirse al alegre círculo, pero vieron que al vagabundo le intimidaba su presencia, como si se tratara de un niño tímido. Optaron por mantenerse en un aparte, pero atentos al extraño y su historia.

Cada tarde, nada más salir de clase, los niños corrían hacia la plaza. Y cada vez eran más los allí reunidos. Los padres, al ver que sus retoños acudían como ratoncillos junto al hombre de los cuentos, se referían a este con el apodo de «el flautista», entre guiños y risas. Pero afinaban el oído para no perderse las historias del anciano, en especial cuando el relato mencionaba a su hijo o hija, momento que vivían con una emoción similar a la de las funciones del colegio.

Un día, los niños llegaron al muro del estanque y lo hallaron vacío. Buscaron por todo el parque. Uno de los chicos trepó a un árbol en un intento de localizar a su anciano amigo desde las alturas. Otros arrastraron a sus padres a las cafeterías cercanas, escrutando caras y preguntando a los camareros. Y hubo quienes simplemente aguardaron, inquietos, deambulando con caras tristes.

Pero el Flautista no apareció. Nunca lo volvieron a ver.

Los niños pronto dejaron de frecuentar el parque. Acudir a él encendía esperanzas que se apagaban con un dolor mayor cada día. Permanecían en sus casas, frente a una ventana, con la mirada perdida y los juguetes olvidados.

Con los años, solo sus cuerpos crecieron. Desde la ventana de una oficina, el mostrador de una panadería o la ventanilla de una furgoneta de reparto, solo una imagen parecía animarlos; la de un chaval o una chiquilla, de la mano de su padre, en dirección a un parque donde jugar. Enseguida sacudían la cabeza. ¿Qué encontrarían esos pequeños allí? Sin duda, al anciano con mente de niño, no. El Flautista era apenas un

recuerdo, poco más que un cuento.

Pronto se desató una cadena de desapariciones. Corrieron los avisos y se removi6 cielo y tierra. Pero nadie pudo nunca encontrar a los que, huidos de sus hogares y vestidos a prop6sito con harapos, dejaron todo atr6s, en busca del muro de un estanque, en alg6n parque, en alguna ciudad.